

ESTABA EQUIVOCADO

VILLARRASO

ESTABA EQUIVOCADO

Hola, soy yo.

Me lo digo a mí mismo.

No es que esté desvariando, solo quiero asegurarme de quien es el que está escribiendo estas líneas.

Al decir que soy yo, me refiero al yo de ahora, al nuevo yo. El nacido a los 67 años de vida y a los 2 de jubilado, fruto de un profundo encuentro entre mis pensamientos y mi yo. Antes creía que YO, era mis pensamientos, ¡que gran mentira!. Yo soy YO. En ese error he vivido 67 años y creía que no me había ido mal. Al contrario, convencido de que muy bien. He desarrollado un trabajo reconocido económica y socialmente. El apartamento de la playa me permite frecuentar un ambiente distinto en la época estival y retomar el asueto con los amigos de toda la vida. Nuestra casa en las afueras me aparta de la rutina capitalina y también, importantísimo, nos permite acoger a los nietos, y por consiguiente a mis hijos, cuando ellos, lo consideran oportuno.

Estando próxima la hora de la jubilación recibí consejos, por todas partes, sobre lo que tengo que hacer y de que tengo que huir. Así actualicé mi carnet del club de golf y empecé a ponerme al día de los autores actuales, haciéndome con un buen número de libros para ocupar el tiempo, la verdad que siempre me ha gustado leer y nunca he dispuesto del tiempo necesario. De lo que se trata, me dicen, es de ocupar el tiempo para que la cabeza no te de malos ratos.

Empecé mi jubilación y puse en marcha mi plan. Había días que me faltaban horas. Para poder leer, tenía que proponérmelo y bajar el ritmo de las actividades. No obstante, es cierto que el aburrimiento no hacía mella en mí. Claro, que cuando lo pensaba llegaba a la conclusión de que había cambiado una actividad por otra. Hasta ahora mi tiempo lo ocupaba mi actividad profesional, después, las actividades que me había programado, es cierto que menos traumáticas, pero también menos gratificantes. Los que hemos estado acostumbrados a ser activos y productivos, nos remuerde la conciencia estar dándole tanto palo a la pelota o perdiendo tanto tiempo leyendo.

Me encontré con Anselmo, a lo largo del tiempo no hemos coincidido mucho, pero tampoco es de las personas a rehuir. Mucha vitalidad, pero discreto. ¿Qué tal como andamos?, bien, muy bien, la verdad es que la jubilación me ha llegado en el momento justo, ¿y tú?. también jubilado y ocupando el tiempo con actividades que la verdad me tienen entretenido, ¿tú que haces?, Anselmo se encoje de hombros y me dice, ahora voy de paseo y quiero llegar no muy tarde para tomarme el aperitivo con mi señora, mañana ya veremos. Me salió de dentro el decirle que se aburriría mucho, a lo que me contestó que no solo no se aburría sino que además cada día era más feliz, que si lo llega a saber, se hubiese prejubilado cuando se lo ofrecieron.

¿Qué va a decir?, fue mi conclusión.

No tardó mucho tiempo en llegar mi primera crisis. Fue a raíz de un gripazo tremendo de Mari Carmen, dos semanas en cama y con antibióticos. Tuve que hacerme cargo de la compra, comida, casa y, además, cuidarla. Todo ello ajeno a mí durante toda mi vida. El interrumpir mis actividades, la tertulia con los amigos, el peloteo, como yo llamaba a mis ratos de golf; fue muy duro y estar todo el día en casa aguantándola me ponía de los nervios. Hago un inciso para decir que mis hijos y nueras (2+2), esas semanas estaban muy atareados. En la compra coincidí con Anselmo y le pregunté que si también él era víctima de la gripe de Remedios. No, su esposa estaba muy bien y había ido con unas amigas a Córdoba de excursión. Es que al pasar se había acordado que a ella le gustaban mucho los mangos y había visto unos muy buenos y baratos y se los iba a comprar para cuando viniese por la noche tenerlos preparados. Este es un calzonazos, pensé.

Al poco tiempo, coincidiendo que por la lluvia no íbamos a tener que ir al club y por lo tanto tenía la mañana sin saber que hacer, cuando salí a comprar el periódico, pasaba Anselmo y cuando me dijo que, con paraguas en ristre, se disponía a dar un paseo hacia la Alhambra, no le respondí que me parecía una barbaridad, sino que pensé acompañarlo unos metros y a la primera de cambio despedirme. Eran las diez de la mañana, más o menos, cuando nos vimos; a las una y media nos despedimos. Camino de casa iba tomando conciencia de que había estado con el calzonazos dando un paseo por el entorno de la Alhambra y Carmen de los Mártires, ¡lloviendo!. Y que además acepte una cerveza en Los Altramuces y que cuando dijo que era hora de irnos, no me lo creía, ¿ya?.

Con el paso del tiempo pude asimilar y entender lo que había pasado y fue simplemente que la conversación que mantuvimos me atrapó. En un principio y conforme a mi costumbre de catalogar a las personas, mi predisposición era totalmente reacia a tener en cuenta alguna consideración por su parte ya que, cualquier aseveración que hacía, era para mí la tontería más descomunal, o como mínimo, un no entender la sociedad en la que nos movemos o los intereses que a nuestra edad debemos de proteger. Si que me llamaba la atención, la forma tan simple en la que se expresaba y con la seguridad que lo manifestaba

y a la vez si algo comentaba que lo ponía en duda, apuraba mi versión para contrastarla con sus criterios, no rechazaba ningún argumento por mi parte, ni quería contradecir nada, simplemente, él decía lo que opinaba y aceptaba mis comentarios, en algunos casos, lo reconozco, despectivos.

Mucho me he enredado para decir que su forma de ver la vida me trastorno un poco y que cuando he ido desgranando sus pensamientos y cotejándolos con la realidad, he visto no solo que lleva razón sino que además, su puesta en práctica te hace sentir más sereno, más conforme, más feliz.

Todo comenzó cuando empezamos hablar de los hijos y es que me llamó mucho la atención que hablaba con mucha frecuencia de que si habían estado en el cine; que si en la biblioteca había estado en la presentación de no sé qué libro y que estuvo bastante bien; que la cena de tal asociación fue multitudinaria ... Le dije que yo no podía asistir con tanta frecuencia a muchos actos, ni salir los fines de semana ya que con cuatro nietos y pequeños, la mayoría de los días teníamos que ocuparnos, sobre todo Mari Carmen, de llevar a alguno al colegio, o recogerlo, o a las actividades extraescolares y con cierta frecuencia, casi todos los días, teníamos a uno de los niños o nueras, o a ambos a comer. La mayoría de los fines de semana, algo pasaba para tener a alguno en la casa. Me comentaba Anselmo que él tenía tres hijos, dos niñas y un hijo y cinco nietos, más el que vendría pronto. La pregunta era obvia ¿y cómo te apañas para atenderlos a todos?.

Aquí empezaba la controversia. El día a día, salvo alguna necesidad por enfermedad, sobre todo, sus hijos no los molestaban para nada. Las visitas de los nietos, mínima una vez a la semana, la recibían junto a los padres después de las tareas extraescolares, casi nunca coincidía un hijo solo. Menudo jaleo se formaba pero que bueno que los primos se relacionaran, para el enfado y para la alegría. Se llevaban muy bien pero siempre a la gresca. Le dije, hombre Anselmo tener unos hijos así es una suerte, me comentó que suerte también, pero que siempre habían tratado, sobre todo su esposa, que más tiempo era la que pasaba con ellos, que fuesen responsables en todo y en lo que más, en la familia; que nosotros podíamos echarle una mano cuando lo necesitaran, pero nada más, la responsabilidad era de ellos y debían de asumir por una parte las obligaciones de la vida que se estaban fraguando y por otra respetar nuestra vida, la cual entraba en una etapa donde la cercanía entre nuestro matrimonio no podía ser alterada por tareas a realizar por ellos. Que nosotros estaremos siempre para atender a nuestros hijos y nietos pero nunca para facilitar sus caprichos y alentar una vida egoísta y desordenada.

Lógicamente toda esa parafernalia me pareció una postura egoísta y contra natura, ya que a los hijos hay que facilitarles, en todo lo que se pueda, la vida. Esto es lo que pensaba. Anselmo sembró la duda y surgió la pregunta, ¿estamos facilitándole la vida, o estamos

alentando sus caprichos?. Me acordé de cuando Mari Carmen se pasó dos semanas en la cama por la gripe y como supieron arreglarse para cubrir sus necesidades, de colegio y actividades extraescolares y no tenían tiempo para venir a ver a los abuelos. Le di muchas vueltas a este tema y me costó trabajo reconocer que nuestros hijos no se interesaban por nuestra vida, nuestras necesidades; solo daban por hecho de que lo que ellos quisieran de nosotros, lo necesitaran o no, lo obtenían. Fue muy doloroso pero yo mismo me di cuenta de que me había equivocado desde el inicio, no solo en pensar que yo me había jubilado, que yo iba a tener más tiempo, que yo podría hacer más cosas, que yo ... no me había planteado que en esta etapa si en vez de yo, éramos nosotros, Mari Carmen y yo, tendríamos la oportunidad de vivir, en la época más importante de la vida, las vivencias e intimidad que indudablemente necesita un matrimonio y que tan escasas habían sido a lo largo de los años. Porque hay que reconocer que tanto me he preocupado de mi familia, a lo largo de los años, que no he tenido tiempo para ella. Todo el tiempo dedicado al entorno familiar, era robado a mi actividad profesional y no con la predisposición y humor necesario para tratar con los niños.

Concluí que la vida no solo es esfuerzo en hacer, sobre todo es entrega y disfrute de lo que haces. La vida la pensamos mucho y la vivimos poco.

Hubo un momento en el que le comenté a Anselmo que me parecía que vivía un poco deslavazado, sin programa diario y que eso lo llevaría en ocasiones al aburrimiento. Sobre esto estuvimos hablando muy poco tiempo, porque desde sus primeras palabras me identifiqué con lo que exponía y decidí prestarle atención. Me comentaba que una de las cosas que más apreciaba de haber llegado a la jubilación, era el haber dejado algunas ataduras que te impiden vivir la vida en plenitud, relaciones con personas que no te apetece, obligaciones sociales que no van en tu condición, y otras muchas, demasiadas, que ocupan tu existencia sin que su vivencia te aporte nada, solo disconformidad interior y posicionamiento social. Decía que ya había pasado el tiempo de desear cosas y acumularlas, que había llegado el tiempo de comenzar abrir los regalos que la vida nos hace, para, acto seguido, simplemente disfrutarlos.

No hay que llenar el día de actividades, hay que vivir y disfrutar las que haces.

Aquel encuentro, aquel día, me cambió la vida. Soy consciente ahora, porque el trayecto ha sido duro. Mi primera sorpresa, ya lo comenté, fue que no me despedí como tenía previsto. Que estuve unas horas hablando con alguien, con el que no coincidía en nada; hasta ahora una situación imposible, siempre he procurado ocupar mi tiempo con gente que piense igual que yo, todo lo demás son discusiones y problemas. No solo no hubo discusiones, sino que en todo momento, se interesaba en lo que yo exponía y aunque él

desarrollaba sus vivencias, de ninguna forma desautorizaba las mías o las ninguneaba, como yo hacía con sus criterios.

No he sido mucho de pasear por el campo, pero ese día, con los palos cargados en el coche y camino del club, pensé que me apetecía otra cosa, hacía un día espléndido, y me dirigí hacia la Alfragura en la Sierra de Huetor, recordaba de chaval la exuberante naturaleza que por allí había. Pasé una mañana fabulosa y raramente solo, siempre he huido de la soledad, no se porqué pero nunca me ha gustado. El silencio exterior, el paisaje, donde se apreciaba una paleta de verdes increíbles bajo el azul, moteado mínimamente por el blanco de alguna nube algodonosa, hizo que mi interior sacara a mi consciente el encuentro con Anselmo y empecé a reconocer las verdades que trasmitía y a valorar las dificultades de su aceptación. Creo que este fue el principio de todo, ya que, aceptados como buenos sus fundamentos, el hacerlo míos, solo fue un acto de egoísmo, y a eso estoy acostumbrado.

Poco a poco y casi sin darme cuenta hoy soy otro. Hoy soy YO.

Villarraso

Álvaro Ramos Rivas